

«LA BELLA DURMIENTE»

LA ADOLESCENCIA ES UN PERÍODO DE GRANDES y rápidas transformaciones, en el que se alternan etapas de total pasividad y letargo con épocas de enorme actividad, e incluso de comportamiento arriesgado «para probarse a sí mismo» o descargar la tensión interna. Esta conducta que avanza y retrocede constantemente encuentra expresión en algunos cuentos en los que el héroe se enzarza en fantásticas aventuras y es convertido en estatua de piedra por algún hechicero. Muy a menudo, hecho más correcto desde el punto de vista psicológico, se invierte la secuencia: Muditto, en «Las tres plumas», no hace nada hasta haber alcanzado plenamente la adolescencia; y el héroe de «Los tres lenguajes», obligado por su padre a salir de casa para recibir una educación mejor, pasa tres años estudiando pasivamente antes de que comiencen sus aventuras.

Muchos cuentos de hadas hacen hincapié en las grandes hazañas que deben realizar los héroes para encontrarse a sí mismos; en cambio, «La bella durmiente» subraya la también necesaria, prolongada e intensa concentración en sí mismo. En los meses anteriores a la primera menstruación, y a veces algún tiempo después, las chicas dan muestras de cierta pasividad, parecen como dormidas y sumidas en sí mismas. Aunque en los chicos no se presenten señales evidentes que precedan a la llegada de la madurez sexual, muchos de ellos experimentan un período de lasitud y de introversión, durante la pubertad, parecido al de las chicas. Así pues, parece razonable que un cuento de hadas, en el que se inicia un largo período de sopor al comenzar la pubertad, se haya hecho famoso durante tanto tiempo entre chicos y chicas.

En los grandes cambios, como la adolescencia, que experimentamos a lo largo de nuestra vida, necesitamos períodos de calma y de actividad para lograr un desarrollo satisfactorio. Este ensimismamiento, que externamente puede confundirse con la pasividad (es decir, malgastar el tiempo durmiendo), se da cuando, dentro de la persona, se producen procesos internos de tal importancia que no restan energías suficientes para llevar a cabo acciones dirigidas hacia el exterior. Aquellos cuentos de hadas que, como «La bella durmiente», tienen por tema central la pasividad, hacen que el adolescente no se inquiete durante este período de inactividad: se da cuenta de que no permanecerá siempre en un aparente no hacer nada, aunque en ese instante parezca que este período de calma haya de durar más de cien años.

Después de esta inactividad, que se da generalmente al comienzo de la pubertad, los adolescentes se vuelven activos y se recuperan del período de pasividad; tanto en la vida real como en los cuentos de hadas, intentan poner a prueba su masculinidad o feminidad a través de peligrosas aventuras. Así es como el lenguaje simbólico de los cuentos pone de manifiesto que, después de haber recuperado las fuerzas por sí solo, el adolescente debe volver a ser él mismo. En realidad, este desarrollo está atestado de peligros: un adolescente debe abandonar la seguridad de su niñez, representada por el hecho de perderse en un frondoso bosque; debe aprender a enfrentarse a sus tendencias violentas y a sus angustias, simbolizadas por los encuentros con animales salvajes y dragones; y debe también conocerse a sí mismo, lo que implica cruzarse con personajes y experiencias extraños. Mediante este proceso el adolescente pierde la inocencia que antes le había caracterizado; se le trataba de «bobo» y era considerado tonto e inferior. Los riesgos que entrañan las intrépidas aventuras son evidentes, como ocurre cuando Jack se encuentra con el ogro. Por su parte, «Blancanieves» y «La bella durmiente» animan al niño para que no tema los peligros de la pasividad. Por muy antiguo que sea el cuento de «La bella durmiente», el mensaje que transmite a los jóvenes de hoy en día es, en muchos aspectos, más importante que el de otros cuentos. Actualmente, gran parte de nuestra juventud —y sus padres— tienen miedo del crecimiento silencioso, cuando nada puede ocurrir, pues creen que tan sólo actuando de forma manifiesta pueden alcanzarse los objetivos propuestos. «La bella durmiente» nos demuestra que un largo período de reposo, de contemplación y de

concentración en sí mismo, puede conducir a grandes logros, como sucede con frecuencia.

Recientemente se ha afirmado que, en los cuentos de hadas, la lucha contra la dependencia infantil y el intento de ser uno mismo se describe, a menudo, de modo distinto para los chicos que para las chicas, lo cual no deja de ser consecuencia de los estereotipos sexuales. Sin embargo, los cuentos de hadas no dan imágenes tan unilaterales. Si se dice que una chica se ha vuelto introvertida al intentar ser ella misma, y que un chico se enfrenta al mundo externo de modo agresivo, vemos que ambos *a la vez* simbolizan las dos maneras distintas de conseguir la propia identidad: es decir, aprendiendo a comprender y a dominar tanto el mundo interno como el externo. En este sentido, los héroes masculinos y femeninos son proyecciones, en dos personajes distintos, de dos aspectos (artificialmente) separados de un único proceso que *todo* ser humano debe experimentar en el crecimiento. Mientras que los padres, cuyo pensamiento se basa fundamentalmente en la realidad, no se dan cuenta de ello, los niños saben que, sea cual sea el sexo del héroe, la historia atañe a sus propios problemas. Personajes masculinos y femeninos desempeñan, en los cuentos de hadas, los mismos papeles; en «La bella durmiente» es el príncipe el que contempla a la niña mientras duerme; sin embargo, en «Eros y Psique» y en otros cuentos derivados de él, es Psique la que descubre a Eros cuando éste está dormido y, al igual que el príncipe, se maravilla de la belleza que contemplan sus ojos. Esto no es más que un ejemplo. Puesto que existen miles de cuentos, resulta fácil adivinar que habrá tantas historias en las que el valor y la intrepidez de la mujer ayuden al hombre como relatos en los que suceda lo contrario. Así es como debe ser, ya que los cuentos de hadas revelan verdades importantes acerca de la vida.

«La bella durmiente» se conoce hoy en día bajo dos versiones distintas: la de Perrault y la de los Hermanos Grimm.⁷⁰ Antes de explicar la diferencia entre ambas, es mejor examinar brevemente la forma que toma dicha historia en el *Pentamerone* de Basile, cuyo título es «Sol, Luna y Talía».^{71*}

* En aquella época éste era ya un tema bastante antiguo, al igual que algunas versiones francesas y catalanas de los siglos XIV al XVI, que sirvieron de modelo a Basile, si es que no se basó en los cuentos de hadas de su propio tiempo, todavía desconocidos para nosotros.⁷²

En el nacimiento de su hija Talía, un rey reunió a todos los sabios y adivinos del reino para que profetizaran su porvenir. Todos estuvieron de acuerdo en que la niña correría un enorme peligro por culpa de una brizna de lino. Para evitar este desgraciado accidente, el rey ordenó que, a partir de entonces, no entrara en el castillo ni lino ni cáñamo. Pero, un día, cuando Talía era ya una muchacha, vio a una anciana que estaba hilando junto a su ventana. La niña, que no había visto en su vida nada semejante, «se quedó maravillada por el modo en que bailaba el huso». Llena de curiosidad, tomó la rueca en sus manos y comenzó a sacar el hilo. Pero entonces, una diminuta astilla de cáñamo «se le clavó en una uña e inmediatamente cayó muerta al suelo». Después de lo sucedido, el rey sentó a su hija sin vida en una silla de terciopelo, cerró la puerta del palacio y se fue para siempre intentando borrar, así, el recuerdo de su infortunio.

Algún tiempo después, pasó por allí un rey que iba de cacería. Su halcón voló hacia el castillo vacío, penetró por una ventana y no volvió a salir. El rey, persiguiendo al halcón, se acercó y recorrió el palacio desierto. Allí encontró a Talía como sumida en un profundo sopor, sin que nada pudiera despertarla. Su belleza le cautivó hasta el extremo de que no pudo evitar acostarse con ella; tiempo después, se fue y olvidó su aventura. Nueve meses más tarde, Talía, todavía aletargada en su sueño, dio a luz dos niños, que se alimentaron de su pecho. «Un día, cuando uno de los bebés intentaba mamar, al no poder encontrar el pecho, se puso en la boca el dedo en el que Talía se había herido. Chupó con tanta fuerza que extrajo la astilla que estaba clavada en él, y Talía despertó de su profundo sueño.»

Un buen día, el rey volvió a acordarse de su aventura y se encaminó hacia el castillo para ir a ver a Talía. Al encontrar a la muchacha despierta y con los dos niños, se sintió tan feliz que ya no pudo olvidarlos nunca más. Pero su mujer descubrió el secreto y, a escondidas, envió a buscar a los dos niños en nombre del rey. Ordenó que los guisaran y que se los sirvieran a su marido. El cocinero se compadeció y escondió a los niños en su propia casa, preparando, en su lugar, unos cabritillos, que la reina ofreció a su marido. Más tarde mandó a buscar a Talía y planeó arrojarla al fuego, porque ella era la culpable de la infidelidad de su esposo. En el último momento, apareció el rey, quien empujó a su mujer a las llamas, se casó con Talía y se reunió de nuevo con sus dos hijos

que, gracias al cocinero, se habían salvado. La historia termina con los siguientes versos:

Dicen que la gente afortunada,
mientras yace en la cama, por la Fortuna es consagrada.*

Perrault, al añadir en su cuento la historia del hada despreciable que pronuncia la maldición o al utilizar este conocido tema, explica por qué la heroína cae en ese profundo sopor, y enriquece considerablemente la historia, ya que en «Sol, Luna y Talía» no se menciona el motivo por el que la muchacha tiene que sufrir semejante destino.

En la historia de Basile, Talía es la hija de un rey que, debido a su amor por ella, no pudo permanecer en el castillo cuando la niña cayó en su letargo. Después de abandonar a Talía, protegida en su trono «bajo un palio bordado», ya no se sabe nada más del padre, ni siquiera cuando se despierta la muchacha, se casa con el rey y vive feliz junto a su marido e hijos. Un rey sustituye al otro en el mismo país, al igual que en la vida de Talía un rey reemplaza a otro; es decir, el padre rey es sustituido por el rey amante. ¿No serán esos dos reyes uno sustituto del otro, en distintos períodos de la vida de la muchacha, desempeñando distintos roles y con diferentes disfraces? Ahora, volvemos a encontrarnos con la «inocencia» de la niña en la fase edípica, que no se siente, en absoluto, responsable de los sentimientos que despierta, o quiere despertar, en su padre.

Perrault, el académico, se aparta aún más de la historia de Basile. Después de todo, era un cortesano que se dedicaba a contar historias a los príncipes, pretendiendo que su hijo las había inventado para agradar

* Cabe la posibilidad de que Basile estuviera influido por la historia de Leto, una de las numerosas amantes de Zeus, que dio a luz dos hijos, Apolo y Artemisa, dios del sol y diosa de la luna, puesto que los niños de Talía llevan el nombre de Sol y Luna. Si esto es así, podemos suponer que, al igual que Hera estaba celosa de las mujeres que Zeus amaba, la reina de este cuento es un recuerdo lejano de Hera y de sus celos.

La mayoría de los cuentos de hadas del mundo occidental ha incorporado elementos cristianos en tal cantidad que sería necesario otro volumen para describir el significado cristiano que subyace en ellos. En este relato, Talía, que ignora haber tenido relaciones sexuales y haber concebido, ha llevado a cabo estos actos sin placer y sin pecado. En este sentido tiene mucho en común con la Virgen María, pues, como ella, se convierte en la madre de Dios(es).

a una princesa. Los dos reyes se transforman en un rey y un príncipe; este último, evidentemente, en alguien que todavía no está casado ni tiene hijos. La presencia del rey está separada de la del príncipe por un sueño de cien años, de este modo podemos estar seguros de que ambos no tienen nada que ver el uno con el otro. Resulta hartamente interesante que Perrault no consiga desembarazarse de las connotaciones edípicas: en su historia, la reina no se siente desesperadamente celosa de la traición de su marido, sino que aparece como la madre edípica que tiene celos de la muchacha que su hijo, el príncipe, ha elegido por esposa, e intenta destruirla. No obstante, mientras que en el cuento de Basile el personaje de la reina es convincente, en el de Perrault, no. La historia de este último consta de dos partes incongruentes: la primera termina cuando el príncipe despierta a Bella Durmiente y se casa con ella; y la segunda, en la que se nos asegura que la madre del Príncipe Encantador es, en realidad, una mujer-ogro devoradora de niños, que desea comerse sus propios nietos.

En la historia de Basile, la reina desea alimentar a su marido cocinando a los hijos de éste, lo que constituye el peor castigo que le puede infligir por haber preferido a Bella Durmiente. Sin embargo, en el cuento de Perrault, es la reina misma quien quiere comérselos. En la versión de Basile la reina está celosa porque el amor y el pensamiento de su esposo están continuamente al lado de Talía y de los niños. Así pues, intenta empujar a Talía a las llamas, ya que el «ardiente» amor del rey por la muchacha provoca el «ardiente» odio que la reina siente por ella.

En el cuento de Perrault no se ofrece explicación alguna del odio devorador que la reina experimenta, pero, al hablar de ella, se la trata de mujer-ogro, «cada vez que veía un niño ... tenía que hacer grandes esfuerzos para no abalanzarse sobre él». Por su parte, también el Príncipe Encantador mantiene en secreto, durante dos años, su matrimonio con Bella Durmiente. Y sólo después de la muerte de su padre lleva al castillo a su esposa y a sus dos hijos, llamados Mañana y Día. Cuando el príncipe tiene que partir para ir a la guerra, deja su reino, esposa e hijos al cuidado de su madre, aun sabiendo que ésta es una mujer-ogro. El relato de Perrault termina con el regreso del rey, en el preciso instante en que su madre está a punto de arrojar a Bella Durmiente a un pozo lleno de víboras. La mujer-ogro, al verle, se da cuenta de que sus planes han fracasado, por lo que se precipita al pozo.

Podemos adivinar fácilmente que Perrault no creyó apropiado relatar en la corte francesa una historia en la que un rey viola a una doncella mientras ésta está durmiendo, la deja embarazada y la olvida por completo para volver a recordarla, por casualidad, tiempo después. Pero un príncipe que oculta su matrimonio y paternidad al rey, su propio padre —podemos suponer que por temor a los celos edípicos del rey si el hijo se convierte, a su vez, en padre—, no resulta convincente, porque parece excesivo, incluso en un cuento de hadas, aunar en una misma historia los celos edípicos del padre y de la madre respecto al mismo hijo. Sabiendo que su madre es un ogro, el príncipe no lleva a su mujer ni a su hijo al palacio mientras su padre pueda ejercer una influencia represora, pero si lo hace después de su muerte, cuando su protección ya no existe. La razón por la que el cuento tomó esta forma no es que Perrault careciera de ingenio, sino que no se tomaba en serio los cuentos de hadas y se interesaba más en el verso agudo y moralista que añadía al final de cada historia.*

Teniendo en cuenta estas dos partes incongruentes de la historia, es comprensible que en la narración oral —y también en la forma impresa— el cuento termine con la feliz unión del príncipe y Bella Durmiente. Ésta es la versión que los Hermanos Grimm oyeron y divulgaron, y que, tanto antaño como actualmente, es la más conocida. Sin

* Perrault, al dirigirse a los cortesanos, a los que consideraba como sus lectores, se mofaba de las historias que narraba. Por ejemplo, especifica que a la reina-ogro le gustaba que le sirvieran los niños «con salsa Robert». Introduce detalles que denigran el carácter del cuento de hadas, como cuando describe el despertar de Bella Durmiente, diciendo que sus ropas estaban pasadas de moda: «Por el escote de su vestido asomaba uno de esos ridículos cuellos que llevaba mi bisabuela, pero no por eso parecía menos hermosa y encantadora». Como si los héroes de los cuentos de hadas no vivieran en un mundo en el que las modas cambian.

Tales observaciones, en las que Perrault mezcla indiscriminadamente la fantasía de los cuentos de hadas con el racionalismo más mezquino, desvalorizan enormemente su trabajo. El detalle del vestido, por ejemplo, destruye un tiempo mítico, alegórico y psicológico, sugerido por esos cien años de sueño, convirtiéndolo en un tiempo cronológico concreto. Le da una connotación ridícula; no como en las leyendas de santos que, después de cien años de sueño, despertaban, se daban cuenta de cómo había cambiado el mundo, y se transformaban de nuevo en polvo. Añadiendo todos esos detalles, con los que Perrault pretendía divertir a su público, no hizo más que destruir la sensación de eternidad, elemento básico que contribuye a la efectividad de los cuentos de hadas.

embargo, se perdió un matiz que estaba presente en Perrault. Desear la muerte de un recién nacido sólo por no haber sido invitado al bautizo, o por haber recibido el regalo de plata menos valioso, es signo de que tratamos con un hada perversa. Así, en Perrault, como en la versión de los Hermanos Grimm, al comienzo de la historia nos encontramos con la(s) madre(s)-[hada(s) madrina(s)] disociada en su aspecto bueno y malo. Para que pueda existir un final feliz, es necesario que el principio del mal sea adecuadamente castigado y eliminado, porque sólo entonces podrá prevalecer el bien y, con él, la felicidad. En la historia de Perrault, al igual que en la de Basile, se destruye la maldad, haciendo, así, justicia, como es característico de los cuentos de hadas. Sin embargo, la versión de los Hermanos Grimm, a la que a continuación nos referiremos, resulta deficiente en este aspecto, pues el hada perversa no recibe castigo alguno.

A pesar de las enormes variaciones en cuanto a los detalles, el argumento central de todas las versiones de «La bella durmiente» es que, por más que los padres intenten impedir el florecimiento sexual de su hija, éste se producirá de modo implacable. Además, los obstinados e imprudentes esfuerzos de los padres no conseguirán más que evitar que la madurez se alcance en el momento preciso. Este retraso en la maduración está simbolizado por los cien años de letargo de Bella Durmiente, que separan su despertar sexual de la unión con su amante. Otro aspecto importante, íntimamente relacionado con éste, es el de que tener que esperar largo tiempo para llegar a la completa satisfacción sexual no disminuye, en absoluto, su atractivo.

Las versiones de Perrault y de los Hermanos Grimm comienzan insinuando que uno debe aguardar cierto tiempo para alcanzar la realización sexual completa, situación que viene representada por el hecho de tener un bebé. Se nos dice que, durante mucho tiempo, el rey y la reina deseaban, en vano, tener un niño. En el relato de Perrault, los padres se comportan como los contemporáneos de aquél: «Recorrieron todos los santos lugares del mundo entero, realizaron peregrinaciones; hicieron ofrendas, lo intentaron todo, pero sin resultado alguno. Finalmente, la reina quedó embarazada». En cambio, el principio de los Hermanos Grimm se acerca mucho más a la forma de los cuentos de hadas: «Érase una vez un rey y una reina que cada día repetían: "¡Oh, si pudiéramos tener un hijo!", pero todo resultaba inútil. Un día, cuando

la reina se estaba bañando, de pronto, una rana saltó del agua y dijo: "Tu deseo será cumplido, antes de un año tendrás una niña"». El plazo que, según las palabras de la rana, tiene que transcurrir antes de que la reina dé a luz, se acerca a los nueve meses del embarazo. Esto, añadido al hecho de que la reina se está bañando, da pie a pensar que la fecundación se realizó con ocasión de la visita de la rana. (Más adelante, al comentar la historia de «El rey rana», se discutirá la razón por la que, en los cuentos de hadas, la rana simboliza, a menudo, la satisfacción sexual.)

La larga espera de los padres, que finalmente ven realizados sus deseos, indica que no hay que tener prisa alguna respecto al sexo; el que uno tenga que aguardar cierto tiempo, no significa que luego no se obtengan todas las satisfacciones inherentes. En realidad, las hadas buenas y sus deseos en el bautizo de la niña no influyen demasiado en el argumento de la historia, a no ser por el contraste que ofrecen con la maldición del hada que se siente desairada. Este detalle puede considerarse teniendo en cuenta que el número de hadas varía, según el país, pasando de tres a ocho y a trece.* Los dones que las hadas ofrecen a la niña varían según las diferentes versiones, sin embargo la maldición del hada perversa es siempre la misma: la muchacha (al alcanzar la edad de quince años en la historia de los Hermanos Grimm) se pinchará un dedo con la rueca (de un torno de hilar) y morirá irremisiblemente. Pero queda un hada buena que todavía no ha concedido su deseo, por lo que puede cambiar esta amenaza de muerte por cien años de sueño profundo. El mensaje es paralelo al de «Blancanieves»: lo que puede parecer un período de pasividad total al finalizar la infancia, no es más que un lapsus de crecimiento reposado y preparación, del que la persona despertará más madura y dispuesta ya para la unión sexual. Hay que puntualizar

* En las *Anciennes Chroniques de Perceforest* del siglo XIV (publicadas por primera vez en Francia en 1528) son tres las diosas invitadas a la fiesta que se celebra con motivo del nacimiento de Zelandina. Lucina le concede salud pero Temis, furiosa porque no han colocado ningún cuchillo junto a su plato, pronuncia la maldición de que un día, mientras la niña esté hilando, sacará el hilo de la rueca y se la clavará en un dedo; así permanecerá dormida hasta que se le extraiga. Venus, la tercera diosa, promete disponerlo todo para poder salvarla. En la historia de Perrault se invita sólo a siete hadas, mientras que la octava no había sido convidada por nadie y, como venganza, profiere el conocido juramento. En la de los Hermanos Grimm aparecen doce hadas benévolas y una malvada.

que en los cuentos de hadas esta unión significa más bien una conjunción de mente y espíritu en la pareja que una unión de deseo puramente sexual.

Tiempo atrás, los quince años era la edad en la que solía aparecer la menstruación. Así, las trece hadas de la historia de los Hermanos Grimm son una reminiscencia de los trece meses lunares en los que antiguamente se dividía el año. Aunque hoy en día este simbolismo no tenga significación alguna para aquellos que no están familiarizados con el año lunar, todo el mundo sabe que el ciclo menstrual se presenta cada veintiocho días, esto es, según la frecuencia de los meses lunares, y no en función de los doce meses en que se divide el año. A partir de ahí, podemos inferir que la cifra de doce hadas buenas más la perversa, la número trece, indica, simbólicamente, que la «maldición»* fatal se refiere a la menstruación.

Podemos relacionar esto con el hecho de que el rey, varón, no comprende la necesidad de la menstruación e intenta impedir que su hija sufra esta hemorragia fatal. En todas las versiones de la presente historia, la reina parece no estar implicada en la predicción del hada furiosa. En cualquier caso, conoce demasiado bien este hecho como para intentar impedirlo. El funesto juramento gira en torno a la rueca, palabra que en inglés designa, también, al sexo femenino. Aunque esta interpretación no sea válida para el término francés (Perrault) o alemán (Hermanos Grimm), lo que sí es cierto es que, en la época de los cuentos de hadas, hilar y tejer se consideraban ocupaciones típicamente «femeninas».

Todos los obstinados esfuerzos del rey por prevenir la «maldición» del hada cruel terminan en el fracaso. Aunque se eliminen todas las ruecas del país, nada podrá evitar la natural hemorragia de la niña al llegar a la pubertad, es decir, a los quince años, tal como predijo el hada. Por muchas precauciones que tome un padre, cuando la muchacha esté madura para ello, la pubertad hará su aparición. La momentánea ausencia de los padres cuando sobreviene este acontecimiento simboliza la incapacidad de todos los padres para proteger a su hijo de las

* El término inglés *curse* significa, al mismo tiempo, maldición y menstruación. Por ello, en este relato se ha traducido esta palabra por la castellana «maldición» que comprende, en este caso, ambos significados. (N. de la t.)

diversas crisis por las que tiene que pasar todo ser humano durante su crecimiento.

Al convertirse en una adolescente, la niña explora las áreas de existencia antes inaccesibles, simbolizadas por la habitación oculta en la que una anciana está hilando. Al llegar a este punto, la historia abunda en simbolismo freudiano. Al aproximarse a este lugar crítico, sube por una escalera de caracol; en los sueños, este tipo de escalera representa experiencias sexuales. Una vez arriba, se encuentra frente a una pequeña puerta en cuya cerradura hay una llave. Al hacerla girar, la puerta «se abre de golpe» y la niña entra en un cuarto muy pequeño en el que sorprende a una viejecita que está hilando. En lenguaje onírico, una habitación cerrada representa a menudo los órganos sexuales femeninos, y el hacer girar la llave de la cerradura simboliza la relación sexual.

Al ver a la anciana que está hilando, la niña pregunta: «¿Qué es esto tan gracioso que da vueltas?». No hace falta mucha imaginación para captar las posibles connotaciones sexuales de la rueca; pero, al menor contacto con ella, la niña se pincha en el dedo y queda sumida en un profundo sueño.

De todos modos, las asociaciones más importantes que este cuento provoca en el inconsciente del niño se refieren a la menstruación, más que a las relaciones sexuales. En el lenguaje corriente, remitiéndonos también a su origen bíblico, el término «maldición» alude a menudo a la menstruación; y es, precisamente, la maldición de una mujer —del hada— la que origina la hemorragia. Por otra parte, la edad en que este maléfico juramento debe cumplirse coincide con la edad en que, antiguamente, se presentaba el período. Por último, la hemorragia se produce a través del encuentro con una mujer anciana, nunca con un hombre; y, de acuerdo con la Biblia, la menstruación se heredaba de mujer a mujer.

La hemorragia menstrual es, para la muchacha (y también para el muchacho, aunque de distinta forma), una experiencia abrumadora si no está emocionalmente preparada para ello. Sorprendida por la repentina hemorragia, la princesa cae en un profundo sopor, protegida de cualquier pretendiente —es decir, de todo contacto sexual prematuro— por un impenetrable muro de espinos. En tanto que las versiones más conocidas hacen hincapié en el nombre de «La bella durmiente», que alude al largo sueño de la heroína, el título de otras variantes de esa mis-

ma historia da preponderancia al muro protector, como en la inglesa «Briar Rose».*

Muchos príncipes intentan llegar hasta Bella Durmiente antes de que haya transcurrido el tiempo necesario para su maduración, por esta razón esos pretendientes precoces perecen enredados en las zarzas. Ésta es una advertencia tanto para el niño como para los padres, ya que asegura que cualquier excitación sexual antes de que el cuerpo y la mente estén preparados para ella, es sumamente destructiva. Pero cuando Bella Durmiente ha logrado alcanzar la madurez física y emocional y está preparada para el amor, esto es, para el matrimonio y el sexo, lo que antes parecían caminos infranqueables, dejan ahora de ser obstáculos. El muro de espinos se convierte, de pronto, en un seto de flores grandes y hermosas, que se apartan para dejar paso al príncipe. El mensaje implícito es el mismo de otros cuentos de hadas: no hay que preocuparse ni apresurar las cosas: cuando llegue el momento, el problema se resolverá por sí solo.

El prolongado letargo de la hermosa doncella posee también otras connotaciones. Tanto si se trata de Blancanieves en su ataúd de cristal o de Bella Durmiente que yace en su cama, el sueño adolescente de eterna juventud y perfección es tan sólo eso: un sueño. La modificación de la maldición original, que amenazaba con la muerte, por un prolongado sueño insinúa que entre los dos no existe demasiada diferencia. Si no queremos cambiar ni desarrollarnos, podemos permanecer tranquilamente sumidos en un sueño semejante a la muerte. Durante el transcurso del sueño, la belleza de las heroínas es fría, es el aislamiento propio del narcisismo. Este ensimismamiento, que excluye el resto del mundo, no comporta sufrimiento alguno, pero tampoco ofrece ningún conocimiento ni sensaciones nuevas.

Todo paso de un estadio de desarrollo al siguiente está atestado de peligros; los de la pubertad están simbolizados por el derramamiento de sangre al tocar la rueda. Una reacción lógica ante la amenaza de tener que crecer y madurar es alejarse del mundo que impone tales dificultades.

* En alemán, el nombre de la muchacha, «Dornröschen», que sirve de título al cuento pone énfasis en el seto de espinos y en la rosa (vallada). El diminutivo de «rosa» en el relato germano pone de manifiesto la inmadurez de la niña, que debe ser protegida por un muro de espinos.

des. La retirada narcisista es una solución tentadora para evitar las tensiones que produce la adolescencia, pero la historia nos advierte de que, actuando así, podemos vernos abocados a una existencia peligrosa y similar a la muerte, si la adoptamos como escape al absurdo de la vida. El mundo se convierte, entonces, para la persona en algo carente de vida; éste es el significado simbólico y admonitorio del prolongado sopor en el que caen todos aquellos que rodean a Bella Durmiente. Y ese mundo tan sólo vuelve a la vida cuando aparece la persona que despierta a la muchacha. Únicamente podremos «despertar» del riesgo de malgastar la vida durmiendo si somos capaces de mantener relaciones positivas con los demás. El beso del príncipe rompe el hechizo del narcisismo y aboca a una feminidad que, hasta entonces, había permanecido detenida en su desarrollo. La vida sólo podrá continuar si la muchacha deja de ser doncella y se convierte en mujer.

El apacible encuentro del príncipe y de la princesa, su mutuo despertar, es un símbolo de lo que comporta la madurez; no sólo la armonía dentro de uno mismo, sino también con el otro. Depende por completo del oyente el interpretar la llegada del príncipe en el momento preciso como el acontecimiento que provoca el despertar sexual o el nacimiento de un yo superior; probablemente el niño capta ambos significados.

Según la edad, el niño comprenderá este volver a la vida después de un largo sueño de modo distinto. A una edad temprana, verá en ello, sobre todo, el logro de su propia identidad y de la concordancia entre lo que habían sido sus caóticas tendencias internas; es decir, la consecución de la armonía interna entre el ello, el yo y el super-yo.

Tras haber experimentado este significado antes de alcanzar la pubertad, el niño extraerá un significado adicional y más rico del mismo cuento, en la adolescencia. Entonces se convertirá, también, en una imagen del logro de la armonía con el otro, representado por una persona del sexo opuesto, de modo que ambos, al igual que en el desenlace de «La bella durmiente», puedan vivir felices y unidos para siempre. Este objetivo final de la vida de toda persona parece ser el mensaje más importante que los cuentos de hadas transmiten al niño mayor. Está simbolizado por un final en el que el príncipe y la princesa se encuentran mutuamente «y vivieron felices por el resto de sus vidas». Únicamente cuando se ha obtenido la paz interna, puede uno empezar a buscarla en las relaciones con los demás. El niño, a través de sus propias experien-

cias en el desarrollo, puede alcanzar una comprensión preconsciente de la conexión entre estos estadios.

La historia de Bella Durmiente inculca al pequeño que un suceso traumático —como la hemorragia de las niñas al llegar a la pubertad y, más tarde, en la primera relación sexual— puede tener consecuencias muy satisfactorias. El relato sugiere la idea de que tales acontecimientos deben tomarse muy en serio, pero no por ello hay que temerlos. La «maldición» representa, de modo latente, una bendición.

Analizando una vez más la primera versión conocida sobre el tema de «La bella durmiente» en *Perceforest*, que data de unos seiscientos años atrás, observamos que Venus, la diosa del amor, dispone el despertar de la muchacha haciendo que su bebé succione el dedo y extraiga, así, la astilla que estaba clavada en él, al igual que ocurre en la historia de Basile. La completa realización de la mujer no se termina con la menstruación. La autorrealización femenina no se consigue al enamorarse, ni al tener relaciones sexuales ni al dar a luz un hijo, pues las heroínas de *Perceforest* y de la historia de Basile siguen, a pesar de todo esto, sumidas en su letargo. Éstas no son más que etapas, necesarias para la consecución última de la madurez, pues la verdadera identidad se alcanza sólo después de haber dado vida y alimentado al ser que se llevaba en las entrañas: cuando el bebé succiona el cuerpo materno. Vemos, por lo tanto, que estas historias citan experiencias exclusivamente femeninas e ilustran las etapas por las que tiene que pasar la mujer antes de alcanzar la plena feminidad.

El hecho de que sea el bebé quien, al chupar el dedo de la madre, la devuelva a la vida, indica que el niño no es un receptor pasivo de lo que la madre le proporciona, sino que puede, también, ayudarla de forma activa. El ser alimentado por la madre hace posible que el bebé pueda revivirla, pero, a su vez, la muchacha no conseguiría despertarse a no ser por el niño. Este renacimiento simboliza siempre, en los cuentos de hadas, el logro de un nivel mental superior. En este aspecto, el cuento comunica, tanto a los padres como al hijo, que el niño no se limita sólo a recibir de su madre, sino que, también él, le ofrece satisfacciones. Evidentemente, ella lo trae al mundo, pero el pequeño añade una nueva dimensión a su vida. El retraimiento de la heroína, simbolizado por el prolongado sueño, toca a su fin cuando se da por completo a su hijo y éste, al recibir de ella, la devuelve a un nivel superior de existencia: reciprocidad en la que el que recibe la vida da, también, vida.

En «La bella durmiente» se enfatiza, una vez más, este tema, al contar que no sólo la niña, sino el mundo entero —sus padres y todos los habitantes del castillo— vuelve a la vida en el mismo instante. Si no somos sensibles al mundo, éste deja de existir para nosotros. En el momento en que Bella Durmiente cayó en su letargo, el mundo que la rodeaba sucumbió también. Este universo despierta de nuevo cuando un niño hace su aparición en él: sólo así puede continuar existiendo la humanidad.

Este simbolismo se ha ido perdiendo en las versiones posteriores, que terminan con el despertar de Bella Durmiente y de todo su mundo a una nueva vida. Incluso en su actual forma abreviada, en la que Bella Durmiente se despierta gracias al beso del príncipe, el cuento nos hace pensar —aunque no se indique abiertamente, como en las versiones más antiguas— que la muchacha es la encarnación de la feminidad perfecta.